Eva Mora

Spain... 12 points

Mis diez años de anécdotas y polémicas en EUROVISIÓN

Prólogo de Piluca Íñigo

la esfera⊕de los libros

ÍNDICE

Prólogo de Piluca Íñigo		11
1.	Nina, contigo empezó todo	15
2.	Demasiada presión. ¿Hay un psicólogo en la sala?	25
3.	Una extenuante y maravillosa locura	37
4.	No, nunca es un fracaso	55
5.	José María Íñigo, el más querido y admirado eurofán	77
6.	Vikingas y pitufas	89
7.	Sin eurofans no hay Eurovisión	103
8.	Esto también va de relaciones públicas	117
9.	Eurodramas y eurocomedias	135
10.	Bajo la sombra de la sospecha	147
11.	El gran invento del Benidorm Fest	159
12.	El Chanelazo	173
13.	Un año en un parque de juegos	201
14.	Confidencias con algunos amigos	217
15.	Una eurofán más	235
Más agradecimientos		239

PRÓLOGO

uando conocí a Eva, hace lo menos, diez años, era una desco-✓nocida compañera que viajaba con mi padre y con toda la delegación a Eurovisión. Era la periodista desenvuelta y pizpireta, con una portentosa y bien formada voz, propia de una reportera a la que le importa su trabajo, que siempre iba pegada a mi padre, en sentido literal, ya que solían acompañarse mutuamente durante su estancia en destino. Y ahora entiendo por qué. Porque supo ver en él al referente comunicador que mi padre —José María Íñigo— fue y aprovechar todos los consejos que, de una manera natural, le daba para desarrollar su trabajo allí de la mejor manera posible. Eso sí, cada uno en lo suyo. Ella, a la actualidad diaria; él, a repasarse cada propuesta —digo repasar y no estudiar, porque los deberes los llevaba hechos desde España—. De hecho, doy fe de haberlo visto los meses previos al certamen en casa, con sus cascos, frente al ordenador, escuchando con atención cada una de las canciones e incluso tarareándolas en voz alta.

Porque lejos de lo que algunos piensen, Eurovisión no es el concurso caduco que muchos creen que es. Te puede gustar la música rock o alternativa y seguir Eurovisión. Parece que si te interesa este concurso eres menos indie y más mainstream, pero ese es solo un pensamiento propio de alguien ignorante que utiliza clichés del pasado. Porque Eurovisión es el festival de la canción por excelencia. Y, como decía mi padre, es «un festival moderno y dinámico, con una puesta en escena mejor que cualquier programa de televisión del mundo». Recuerdo su asombro ante tal gigantesca producción audiovisual, por la luminotecnia, los escenarios, los avances tecnológicos... Y solo quien sepa valorar que el premio es que tu voz se escuche ante millones de personas en todo el mundo habrá entendido de qué va esto. De hecho, recuerdo que en una entrevista le preguntaron por su canción favorita de toda la historia del festival. Y él contestó «Eres tú», de Mocedades, que quedó segunda, lo que, según sus palabras, muestra que «no es necesario vencer para triunfar». Y si no que se lo digan a Chanel, por nuestra parte, o a aquel cantante rumano que cantaba «Hola mi bebebe, llámame, llámame».

En Eurovisión todo es para ayer, todo va muy deprisa y todos quieren que entres en directo para contar la última hora. Y, claro, o eres un profesional de raza y lo llevas en la sangre o no lo sacas. Bueno, o lo sacas mal. Y ese no ha sido el caso de Eva. Muestra de ello es que cuando mi padre falleció ella fue nombrada jefa de delegación para España. Y eso no se consigue si no es por todo el trabajo previo bien realizado. De hecho, se convirtió en un referente para Europa en cuanto al certamen español se refiere: estos años atrás, su WhatsApp ha estado lleno —y apuesto que todavía sigue así— de mensajes de sus homólogos en Europa preguntándole sobre el rumbo del festival.

Ella conoce perfectamente los ritmos, los tiempos, los entresijos y las dificultades a las que te puedes enfrentar tanto en la fase preparatoria como una vez ya dentro. Que si el coreógrafo ahora quiere fuego, pero no hay presupuesto; que si la canción que llega es un bombazo, pero hay que buscarle una voz que la defienda; que si te llaman para entrar en el informativo sin previo aviso y no tienes la pieza preparada... «Eva, acércate ya a tal o cual participante y hazle la entrevista, porque luego el resto de medios que están aquí lo van a querer tener y no vas a poder». Y digo esto con conocimiento de causa. Porque esa Eva, a la que me refería en el inicio como la compañera desconocida de mi padre, es ahora Eva, mi amiga y referente.

La conocí por los pasillos de Prado del Rey. Yo, tímida, me vi proyectada en ella, no solo por la melena rubia, larga y salvaje que compartimos —la suya más bonita, eso sí—, sino porque por aquel entonces —y por este ahora— siempre quise trabajar mano a mano con mi padre utilizando la voz como herramienta principal. Ya sé que cualquier tiempo pasado no siempre fue mejor, pero ¿y lo bonito que hubiera sido compartir cabina de comentarista padre e hija? Tal vez ahora lo bonito sea cambiar la cabina por estas páginas y la figura de mi padre por la de Eva, y prolongar así una relación que, de alguna manera, nos ha dejado a las dos en herencia.

La conocí en su salsa, con el guion en mano acompañando a la que por aquel entonces nos representaría en el certamen. Y recuerdo que mi padre la frenó y me la presentó: «Eva, esta es mi hija Piluca. Cuídala». Sé que fue un acuerdo tácito entre ellos, que ella se ha empeñado, y se empeña, en cumplir. Si no, de qué iba yo a estar escribiendo este prólogo.

Mi padre falleció en mayo de 2018, mes de Eurovisión. Ese año no quise verlo. Aunque terminé por hacerlo. Pero sin la misma intensidad, ni la misma ilusión, mirando desde la barrera las interacciones en redes, a la caza de capturar cualquier tuit en recuerdo de los años pasados. Él ya no estaba, ni tampoco Eva. Algo se había roto. Esa voz que nos había acompañado ya no iba a volver. Y como él decía, la voz del comentator (comentarista) —así ponía en su acreditación— nunca tiene que molestar, solo acompañar lo que se ve en televisión. Y si no era la suya, no quería ninguna; un sentimiento que luego me encontré entre sus seguidores. Por suerte, conservo algunos audios y mensajes suyos que me reconfortan y reconcilian cuando la fecha se aproxima. Igual que me alienta recordar todas las anécdotas que vivió junto a Eva en los años que él narró el festival. Créanme, son muchas y distan mucho de lo que se ve o se conoce. Como cuando se reían porque él había ido en deportivas en lugar de en sus reglamentarios zapatos; cuando fueron a cenar en Alemania a un centro de Cáritas sin saberlo y se fue sin pagar, creyendo que estaba faltando a la ley; cuando agarraba a Eva del brazo porque estaba embarazada y sufría por si le pasaba algo, pero ella lo corregía diciéndole que estaba embarazada, no enferma; o como cuando nos decía que allí tenía más éxito que en España entre tanto eurofán. Fíjense cómo era la cosa que algo tan preciado como la entrada a la fiesta posfestival, él la regalaba porque ya no estaba para eso. Iba a lo que iba. Y punto.

Así que espero que en este libro ustedes también tengan una radiografía de Eurovisión que va más allá de la retransmisión de mayo, del misterio del televoto y de si se gana o se pierde. Porque el festival, si se aprovecha bien, es el mejor escaparate para darse a conocer en esta industria e intentar vivir de ello creando unas conexiones que duran para siempre. Y si no, pregúntenle a la autora de este libro.

Si me lo permiten, mis 12 puntos van para ti, daddy.

Gracias, Eva. No te alejes del festival, que te necesita.

PILUCA ÍÑIGO

1

Nina, contigo empezó todo

E urovisión no es una alfombra roja, ni un photocall, ni lentejuelas y brillos. Eurovisión es el resultado de un trabajo
riguroso y disciplinado donde prima la discreción para alcanzar
el éxito. Eurovisión es un mundo complejo. No se puede establecer una definición exacta y quien lo haga probablemente se
equivoque porque más que ponerle una etiqueta, se trata de un
evento único e incomparable que hay que entender. Es un camino largo —a veces de años— en busca de la excelencia; en ocasiones se asumen riesgos que no conducen al resultado esperado,
pero se aprende mucho, muchísimo. De esos fallos y aciertos se
llega a encontrar, crear o diseñar la performance ideal. Hay muchos
factores que cambian año tras año —sociales, culturales, políticos
o económicos— y que afectan de forma directa e indirecta al
resultado cosechado en Eurovisión. Esa es una de las claves del
éxito.

Mis primeros recuerdos de Eurovisión se remontan a 1989 con la actuación de Nina, donde el foco estaba en la calidad vocal y la fuerza interpretativa. Veníamos del triunfo de Céline Dion y España apostaba por un perfil de artista estático y con potencia vocal. Era el momento musical en el que se llevaban los «monstruos escénicos». Esa fue la tendencia hasta el año 2022: salíamos de una pandemia, la situación social era depresiva y nos encontrábamos con un conflicto bélico dentro de Europa. El centro de atención pasó de lo vocal al espectáculo escénico y atrás quedó el «monstruo escénico» para pasar a la *showwoman*. Los tres minutos de Chanel en el escenario de Turín en 2022 fueron un revulsivo para el público europeo.

Tengo varios momentos eurovisivos grabados en mi memoria: el primero, la actuación de Nina. Pero no solo españoles: hay acontecimientos de otros países que son muy significativos y que me han llevado a «engancharme» cada día más al festival, como el triunfo de Dana International en 1998. Precisamente este fue un punto de inflexión en la evolución del festival. Dana estuvo en boca de todos: era la primera vez que una cantante trans ganaba Eurovisión. Su victoria fue polémica y demostró que buena parte de la sociedad europea no era tan moderna como parecía. Aun así, su canción *Diva* se convirtió en un éxito internacional y sonaba en las radios de toda Europa. Atrás quedó el blanco y negro, lo estático y llegaron las coreografías, la pluma y la alegría.

Sangre eurovisiva

Como decía, fui consciente de que por mis venas corría sangre eurofán después del resultado de Nina en Eurovisión. Quedó sexta con 88 puntos. Y fue mi primera indignación eurovisiva. «¿Cómo es posible este resultado si lo ha hecho genial?», me preguntaba. Y en casa me respondían: «Llevamos veinte años sin comernos un rosco, siempre pasa igual». Años más tarde, cuando me adentré de lleno en los entresijos eurovisivos, lo entendí.

Corría el año 1989 y yo estaba ansiosa esperando la actuación de España. En el instante en que apareció Lolita Morena, la presentadora, anunciando a la barcelonesa en español me giré hacia la tele y di un brinco. Ella recordaba que la última vez que España ganó Eurovisión fue hace veinte años y que el certamen se celebró en Madrid. «Este año la representante española se llama Nina. Lo dice ella misma y además lo canta: es Nacida para amar». Se me abrieron los ojos como platos y la pantalla acaparó toda mi atención. Los presentadores anunciaban a Nina como intérprete y a Juan Carlos Calderón como compositor de la canción. Sonaba un piano en directo y, entonces, apareció ella en primer plano. Todo era estático y solo podía brillar su voz. Su pelo me recordaba a Whitney Houston y su presencia escénica me parecía arrolladora. Llevaba un vestido rosa palabra de honor con unos lacitos negros y unos guantes, también negros, al estilo Rita Hayworth. Su sonrisa nos dejó anonadados y su actuación fue impecable. Para mí, un «sí» rotundo.

Reconozco que mi admiración hacia ella venía de antes. Nina había sido azafata de uno de mis programas de televisión favoritos, el mítico concurso *Un, dos, tres... responda otra vez* de Narciso Ibáñez Serrador, uno de los grandes de la televisión y gran descubridor de talento. Nina cantaba increíblemente bien y parecía simpática. No solo era su voz; toda ella cautivaba al público porque era de esas artistas que en tan solo tres minutos lograba poner

los pelos como escarpias. Transmitía una sensibilidad especial, esencia y elegancia. Tenía un algo indescriptible que hacía que traspasara la pantalla. Verla en Eurovisión era como tenerla en directo en el salón de casa. Al menos lo era para mí, y que representara a España en el certamen europeo me hizo muchísima ilusión.

Sentí el mismo entusiasmo el día que la llamé para proponerle ser presidenta y portavoz del jurado en la segunda edición de Benidorm Fest. Cuando descolgué el teléfono para ofrecérselo, le hablé precisamente de lo que me provocó su actuación en Eurovisión. Cuando ella aceptó mi propuesta, me hizo inmensamente feliz. Aquella actuación de 1989 no me dejó indiferente; en ese momento Nina fue una artista que dejó claro a Europa que en España había grandes voces y magníficos artistas. Estoy segura de que hubo un trabajo arduo hasta que vimos el resultado final de su actuación e imagino que no tuvo que ser fácil encontrar la melodía perfecta para llegar a Europa. Nunca olvidaré su determinación y confianza en sí misma sobre aquel escenario. Fue simplemente impecable y de un impacto tan duradero, que dio visibilidad a su carrera y marcó un hito en su trayectoria artística.

Después de la actuación de Nina en el Festival de la Canción —aquel año se celebró en Suiza porque Céline Dion ganó el año anterior— mi cabeza me llevó a Madrid: me imaginaba el Teatro Real o el Palacio de los Deportes de la Comunidad lleno de gente con banderines de distintos países, fantaseaba escuchando el himno de Eurovisión por todo lo alto en alguno de esos lugares... ¿Y si ganamos?, pensaba. Pues no, no nos pasó como a la gran Céline. El resultado fue muy bueno, pero en aquel entonces no me valía; a mí solo me interesaba ganar. Después entré en razón y compren-

dí que ganar era muy complicado, muy difícil y que estar entre los primeros puestos ya era un éxito. Alcanzamos la sexta posición, pero fue una tremenda decepción. Me causó un gran enfado, indignación y frustración. No entendía nada y no sabía por qué era tan difícil ganar Eurovisión. Me di cuenta de que llegar a lo alto de la montaña o cruzar el desierto en los mundos del certamen era complicado, pero no imposible: porque cada año uno lo lograba, solo uno. Estaba segura de que algún día le tocaría a España. Así que, desde muy joven, empecé a soñar.

Como estrellas de Hollywood

Gracias a Nina me enganché de verdad al Festival de Eurovisión. Estaba deseando que pasaran otros 365 días para estar bien atenta al evento musical del año. En mi casa era tradición verlo, mis abuelos y mis padres no se lo perdían y siempre recordaban el año en el que ganó Massiel. Mi tía Carmen se acordaba a la perfección del tiempo en el que fueron vecinas en la calle Leganitos en Madrid y cómo la recibieron victoriosa, como si fuera una estrella de Hollywood. Siempre que contaban alguna anécdota en casa, se me abrían los oídos y cada vez despertaba más en mí la curiosidad por el festival.

El año siguiente, en 1990, llegaron otras de las grandes: Azúcar Moreno. Ellas no me hicieron olvidar a Nina, pero he de reconocer que me parecieron la bomba. Su potencial y su fuerza eran indiscutibles. Encarna y Toñi: dos fenómenos y un carisma indescriptible. Grandes artistas, divertidas y con un desparpajo que quitaba el sentido.

El escenario europeo estaba listo para recibirlas y ellas más que preparadas para lanzarse a una de las grandes aventuras de su vida. Llevaron a lo más alto la mezcla de flamenco y pop. Fue una gran apuesta musical a la par que arriesgada. La letra de *Bandido* era contagiosa, la coreografía invitaba a bailarla, sus vestidos ajustados negros, sus peinados... Todo era perfecto. Esa imagen de modernidad, además de la canción, fue una declaración en toda regla de identidad cultural. Combinaron los sonidos del «cante jondo» con lo más actual del momento y esos elementos contemporáneos reflejaron la riqueza y la diversidad de la música española. Llevaron a Europa el folclore español de manera fresca y moderna. Como en cada edición la competencia fue feroz, pero ellas resonaron con fuerza.

Fue un hito cómo abandonaron el escenario de Zagreb con todo su arte cuando falló el sonido. Lo que me reí, y pensé: «Con un par, ole por vosotras». Me preguntaba cómo podían pasar estas cosas en Eurovisión. Pero es que en un programa en directo puede suceder cualquier cosa. Que se lo pregunten si no a Daniel Diges, cuando saltó un espontáneo en medio de su actuación en Oslo 2010. Mientras el artista interpretaba *Algo pequeñito*, Jimmy Jump se coló en el escenario y se unió al elenco de artistas. Es muy difícil mantener la calma ante un episodio semejante: Diges lo consiguió y a pesar del incidente acabó su actuación como si no hubiera ocurrido nada y recibió el apoyo del público y de la audiencia.

Volviendo a Azúcar Moreno, ante el fallo de sonido también reaccionaron como reinas: pararon y volvieron a empezar. Lo hicieron tan bien, con esa sangre gitana y ese poderío, que siguen presentes en la memoria de toda Europa. Su actuación cambió la historia del certamen y ellas consolidaron la fuerza musical de España. Dejaron una huella duradera en el festival. Su valentía al fusionar diferentes estilos musicales y representar la autenticidad cultural española demostró que la diversidad y la originalidad destacan en un escenario tan competitivo como es el de Eurovisión.

Eran y son un icono internacional y, a pesar de no ganar el festival —entraron en el Top 5—, enamoraron a todo el continente hasta el punto de que su actuación es de esas que llamamos «memorables». Y ser memorable es sinónimo de éxito en Eurovisión. Todavía hoy, en muchos lugares del mundo se tararea su estribillo a ritmo de flamenco: «Tus ojos, bandido, robaron con cuentos la sangre y la vida de mi corazón». ¿Y quién no ha bailado *Bandido* con los brazos en alto?

Han pasado los años y la actuación de Azúcar Moreno se ha convertido en un referente para muchos artistas que quieren romper esquemas e ir más allá con su música. El legado de las hermanas Salazar sigue intacto y es ejemplo de pasión y autenticidad: con un poco de azúcar llegan adonde se propongan.

Soportando el desencanto

Con Azúcar Moreno tampoco nos llevamos el premio, pero seguíamos en lo alto de la clasificación, con muy buenos resultados y llevando propuestas de gran peso y calidad. España tenía prestigio en Eurovisión. Un año después de Azúcar Moreno, en 1991, Europa se preparaba de nuevo para celebrar el evento musical más importante del continente. En España la expectación seguía viva y en un punto más alto debido a los buenos resultados de años ante-

riores. El elegido fue Sergio Dalma, un joven y talentoso cantante con una carrera prometedora. Veníamos del baile y la fiesta con Azúcar Moreno y cambiamos radicalmente de estilo apostando por la balada. Un cambio que en ningún caso fue sinónimo de bajar el nivel. Sergio Dalma vivió uno de los momentos más emocionantes de su carrera al subirse al escenario de Eurovisión. Él fue otro ejemplo de la variedad musical que hay en nuestro país, repleto de grandes autores e intérpretes. Y yo seguía interesándome por el festival, no era para menos con el nivel que había.

Con *Bailar pegados* llegó otro pelotazo. Su voz cautivaba a los más jóvenes, desató una oleada de fans y se enfrentó a una nueva audiencia, que ya sumaba millones de espectadores en toda Europa. Ha quedado demostrado que la elección de *Bailar pegados* fue un acierto. Generó muchísimo entusiasmo: su melodía pegadiza y la emotiva interpretación de Sergio Dalma llegaron al corazón de los europeos. Los ensayos ya despertaban interés en un joven artista que enamoraba a las cámaras y a quienes había detrás de ellas. La noche de la final brilló y ejecutó magistralmente la canción: la energía que transmitía el artista me provocó mariposas en el estómago. Seguro que no fui la única que aquella noche se enamoró de él. No hicieron falta ni los tres minutos de actuación para que el representante español conectara emocionalmente con la audiencia.

La canción traspasó fronteras y se convirtió en un himno para muchos. *Bailar pegados* no se quedó solo en Eurovisión, si no que fue, probablemente, la canción más escuchada de toda su carrera, dejando una huella imborrable en la memoria colectiva de todos los eurofans. La candidatura de Sergio Dalma fue otro ejemplo de que si se juegan bien las cartas en el certamen, la participación se rentabiliza con creces. Su cuarto puesto en Roma ratificó a España

en Europa, y nuestra popularidad creció a la par que los seguidores de Eurovisión.

Celebración familiar

En mi retina siempre quedarán las actuaciones de Nina, Azúcar Moreno, Sergio Dalma y —cómo voy a olvidarme— Rosa en 2002, el gran revulsivo que hizo que España recuperara la ilusión perdida. Todo el país estuvo pegado a la tele pendiente de ella. Ese año no perdí detalle desde el sofá de casa. Fue el último Eurovisión que vi en casa de mis padres junto a mi abuela Dolores, que falleció cuatro meses después. Era una auténtica eurofán que lo seguía desde la victoria de Massiel. Se lo sabía todo y me hablaba del paso por Eurovisión de artistas como Raphael, Julio Iglesias o Karina. Ella decía que tenían que ir los mejores porque era la imagen que teníamos que dar como país. Recuerdo que el año de Rosa las dos disfrutamos como niñas y cantamos y bailamos Europe's Living a Celebration como si no hubiera un mañana. Mi abuela canturreaba el estribillo con gran entusiasmo y vivimos la actuación como si estuviésemos en el mismo Tallin. Aquel año se desencadenó el fenómeno «Rosa de España», que me hizo sentir casi la misma ilusión que el efecto Chanel. España entera vibró con orgullo ante esta incipiente cantante y se rindió a sus pies.

En casa teníamos banderines de España que solo sacábamos cuando llegaba la noche del festival; reconozco que mamé Eurovisión desde pequeña. Es increíble cómo con el paso del tiempo el festival sigue vivo y continúa enamorando a distintas generaciones. Rosa fue una de esas artistas que nos cautivó: no solo con su voz,

sino también con su espontaneidad, su capacidad de superación, su bondad y su humildad. Todo el mundo tenía depositadas grandes esperanzas en ella: logró ser una de las artistas más queridas por el público español y se metió en el bolsillo a buena parte de la crítica nacional e internacional. Supo ganarse el cariño y el respeto de todo el *eurofandom* y de millones de personas de todo el mundo. Los míos también.

Su inconfundible voz sonó por cada rincón de Europa el 25 de mayo de 2002. Rosa fue el foco de atención para millones de espectadores que conectaron desde el minuto uno con las ilusiones de la cantante. Ella llevó la alegría y el optimismo por bandera y brilló por sí misma. Dejó huella, no solo por su talento vocal, también por su naturalidad. Siempre será recordada como el gran revulsivo y el resurgimiento de la marca Eurovisión en nuestro país.

¿Quién me iba a decir a mí por aquel entonces que veinte años después yo formaría parte de la recuperación de esa ilusión y que íbamos a crear nuestra preselección, la preselección con la que soñábamos? ¿Quién me iba a decir que nuestro trabajo interesaría tanto a Europa en tiempo récord? ¿Quién me iba a decir que estaríamos a punto de ganar Eurovisión siendo yo jefa de delegación? ¿Podía imaginarme entonces que llegaría el *chanelazo*?

Esta es mi historia de diez años increíbles, polémicos a veces, complejos siempre, repletos de anécdotas. Una maravillosa locura.